

Lawrence de Asia

ESCRITOR, periodista, Richard Brooks pertenece a una generación de cineastas que ha conseguido para el cine americano un prestigio «literario». Autor de un libro, «The Producers», en el que analizaba los entresijos del mundo de Hollywood, Brooks ha estado siempre atento a una perspectiva crítica; liberal, vagamente comprometido con los movimientos ideológicamente renovadores de su país, ha tratado a lo largo de su obra cinematográfica —y también de sus tentativas en el campo de la novela— de poner en cuestión los problemas acuciantes norteamericanos. Pero ese prurito literario le ha llevado en más de una ocasión a adaptar novelas u obras de teatro, para disponer de un apoyo «culturalista»: tal fue el caso de «La gata sobre un tejado de cinc», mediocre versión de la mediocre pieza de Tennessee Williams, o de «La última vez que vi París», atropello artístico del magnífico texto de Scott Fitzgerald, o, para concluir, de «Los hermanos Karamazov», insustancial y banal adaptación de la novela de Dostoyewski.

Nuevamente, Richard Brooks vuelve a sentirse fascinado por «los grandes temas», y recurre en esta ocasión a Joseph Conrad, vertiendo al cine una de sus más famosas novelas: «Lord Jim». Fuera de la cultura anglosajona, Conrad es superficialmente considerado como un autor de novelas exóticas, «de las Islas». Contemporáneo de Rudyard Kipling y de Somerset Maugham, escritores especializados en el culto al Imperio colonial británico, Conrad (1857-1924) escribió sus novelas a partir de una rica experiencia humana, basada en sus viajes a África, concretamente al Congo. Pero su identidad con esos dos autores no pasa de ahí. Conrad fue un adelantado de su época, y la verdad es que no ha empezado a ser estimado hasta bastante después de su muerte. Polaco de nacimiento, en la época en que su país estaba dominado por Rusia, vivió desde pequeño el clima de la insumisión. Su padre, poeta romántico que había traducido al polaco a Shakespeare, fue un activo militante de la lucha contra el dominador. Conrad llegó a Inglaterra y trató de asimilar inmediatamente la cultura europea: este gesto era en el fondo un signo de rebeldía; con él rechazaba la cultura eslava, que él identificaba con la dominación a que había sido sometido su pueblo. Empezó a escribir a los treinta años, cuando sólo hacía diez que hablaba el idioma inglés. Su máxima obsesión era dominar el lenguaje, controlar «la forma y sonido de la frase» para conseguir «la mayor plasticidad y color», de modo que «la luz mágica de la sugestión pudiera brillar un instante sobre la superficie vulgar de las palabras: de esas viejas, muy viejas palabras, desgastadas a fuerza de usarse, desfiguradas por siglos de descuidada manipulación», como escribió en el prólogo de «The Nigger of the Narcissus». La perfección estilística de Conrad no era un mero artificio esteticista, sino un deseo de dominar la palabra y otorgarla un sentido nuevo, ordenador, que le posibilitara una aprehensión del mundo. Se comprenderán las dificultades que puede entrañar la traslación cinematográfica de una obra literaria concebida en estos términos. Aquí reside el principal error del film de Brooks: en ningún momento ha tratado el realizador —o, al menos, no lo ha conseguido— de hallar un lenguaje cinematográfico equivalente del literario de Conrad. Entonces, sólo ha atendido al aspecto más periférico del texto, a la peripecia anecdótica. El proceso moral de Lord Jim, su ascensión moral, queda desencarnado en la película, al no estar sustentado en un lenguaje, en un estilo, que le hiciera perceptible. Oficial de un buque mercante, Lord Jim lo deja hundir en una tempestad, abandonando a los pasajeros a su suerte. Sufre un juicio y es degradado. Arrastra una vida miserable, traumatizado por su acto culpable y buscando la posibilidad de redimirse. La encuentra al fin en un poblado sometido a la tiranía de un cabecilla. Conseguirá la liberación para los oprimidos y se convertirá en líder de ellos, alcanzando así su purificación; pero ésta no llegará a ser definitiva y «auténtica» hasta que acepte su propia muerte. En el film de Brooks, este proceso catártico se reduce a una trama endeble en la que las motivaciones del personaje son vagas y no justificadas del todo. La escena del juicio, esencial para comprender la evolución posterior de Jim, nos ha sido escamoteada, y con ella perdemos uno de los datos fundamentales para situar al personaje.

Sin embargo, lo que no ha conseguido el realizador, lo logra la interpretación de Peter O'Toole. Este actor, descubierto por David Lean en su espléndido «Lawrence de Arabia», ha sido una de las máximas revelaciones del cine en estos últimos tiempos. Al margen de su talento dramático, O'Toole posee esa capacidad —sólo reservada a los «monstruos sagrados»— de traspasar la pantalla y provocar un impacto en el espectador con su sola presencia. En «Lawrence de Arabia», Lean aprovechaba ese poder de fascinación de O'Toole. Brooks ha sido sensible —excesivamente, quizá— a esa sugestión. Paradójicamente, la película tiene sus mejores y sus peores momentos debido a la interpretación de O'Toole. Por una parte, queda el poderoso atractivo de este actor, y ese proceso evolutivo al que aludía antes es plenamente perceptible, gracias a su inteligente composición del personaje; pero en otras ocasiones, el mimetismo de «Lawrence de Arabia» es excesivo y nos parece estar viendo escenas del film de Lean...

En cualquier caso, «Lord Jim» es una película interesante dentro de la obra de Brooks. Posiblemente, su realización más conseguida, junto a «Semilla de maldad». La excelente fotografía y la actuación de grandes actores —James Mason, Eli Wallach, Paul Lukas— contribuyen a crear un hermoso espectáculo, en el que Peter O'Toole vuelve a recitar la lección bien aprendida con el maestro Lean.

JESUS GARCIA DE DUENAS

PROTEGIENDO
UNIFICANDO
Y REAVIVANDO
SU PIEL...



la
base
équilibrante

Asegura un maquillaje
tenaz y perfecto

LANCASTER

Arrête la marche du temps